

alejarse de Él á los pueblos? Mientras que haya templos, altares y sacerdotes de Cristo, vana esperanza. Escuchadme: derribemos los templos, disipemos el patrimonio del altar y persigamos á los sacerdotes. No habrá quien sostenga los derechos de Cristo, ni le haga presente al recuerdo de los pueblos. El pueblo será un rebaño sin pastor, seguirá nuestra voz, y reinaremos sobre los templos destruidos y los pueblos depravados.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: destruyamos los templos, disipemos el patrimonio de los altares y persigamos á los sacerdotes!

»De repente, la lámpara que iluminaba la sala se apagó, y los siete hombres se separaron en las tinieblas.

—*

»Un alma justa que oraba en este momento, oyó una voz que le decía: *El consejo del impío perecerá. Adora, sufre, espera.*»

—*

Sí; espera, tú que velas y oras. Sobre todo,

ora: cerca de ti y contigo, Dios vela. Dios omnipotente, que permite al malvado triunfar sólo una hora, pero que sabrá, de la malicia de esas almas perversas y de tu dolor soportado por ti fuerte y piadosamente, hacer que resulte gloria para Él, señor de todo, y para ti la calma y la paz.

Espera, sufre, ora. La salvación está próxima.

XXXV

Acude á Dios.

¿No os acordáis de esta palabra que una madre cristiana decía siempre á su hijo cuando le veía triste, silencioso, preocupado: «¿Acude á Dios?»

¡Nosotros hemos recordado esta palabra tan sencilla, que sabemos ha dado paz y confianza á muchas almas y les ha hecho dulces las relaciones mutuas, y pacíficas las agitaciones de la vida!

¡Oh! Si fuese mejor comprendida, ¡cómo acostumbraría á esa vida sobrenatural, que nos hace obrar bajo la dependencia de Dios, haciéndonos ir sencilla é instintivamente á Dios, como se va instintivamente á un protector, á un médico, á un abogado!



Se nos pide que la volvamos á decir.

Pues bien; sí, id á ver á Dios, á Jesús en la Eucaristía antes que á ningún otro, pobres madres inquietas sobre el porvenir ya espiritual, ya material de vuestros hijos; id á pedirle los medios de salir con éxito en vuestro empeño, preguntadle por las personas á quienes debéis ver, los pasos que debéis dar. Dios sabe todo esto y puede decíroslo.

Id á ver á Dios antes de intentar nada. *Sacerdotes, Religiosos, Directores*, y vosotros todos los que como el sacerdote, aunque en grado inferior, tenéis lo que con tanta verdad se llama cargo de almas, y que sentís que los que os han sido confiados escapan á vuestra influencia.

Carecéis de recursos, no sabéis cómo conducir al deber y á la piedad á esas almas que tanto amáis.

Acudid á Dios; Dios os dirá lo que os conviene hacer.



Vamos muy poco á consultar á Jesús en el santuario silencioso donde da sus audiencias.

Poco tiempo permanecemos cerca de la Sagrada Eucaristía, recibiendo la luz que de ella irradia, dejando penetrar nuestra alma de la gracia que de allí perpetuamente brota, como perpetuamente se escapan del hogar dulces y calientes emanaciones.

¿Acaso el fruto escogido no se expone á los rayos del sol para que madure y tome color? ¿No se expone al rocío de la mañana un tejido delicado para hacerlo más blanco? ¿No ponemos en presencia de un libro, donde están encerrados, invisibles á los ignorantes, los pensamientos de una inteligencia superior, nuestra propia inteligencia, para que se ali-

mente de esos pensamientos, y que por ellos y con ellos se engrandezca?

—

¡Cuántas veces se ha visto, á las almas que viven con la vida sobrenatural, tomar notas al pie del tabernáculo como si Dios les dictase, y con admirable tranquilidad irse á transcribir lo que aprendieron en la escuela del Maestro!

¡Cuántas veces, debiendo tomar una pronta decisión, dar un consejo, comenzar una empresa, sufrir una pena nueva que viene á añadirse á las antiguas, se les ha oído decir sencillamente: «voy á consultar»; y vedlas ante el altar, con el rosario en la mano, rezando piadosamente una decena de ese rosario que les permite llevar á la Santísima Virgen con ellas, á fin de ser mejor acogidas, y después de cada *Avemaría* decir humildemente: *Domine, quid me vis facere? Señor, ¿qué queréis que haga?*

¡Cuántas veces se las ha visto, no sólo ir á leer delante de Jesucristo, sino ir á leer á Je-

sucristo las cartas que recibían, y no irse á escribir la contestación sino después de algunos minutos de meditación!

—

¡Oh, si nosotros supiésemos poseernos con mayor paz!

¡Si llegásemos á enseñorear en nosotros esa actividad febril que nos hace obrar con tanta impetuosidad!

Si viviésemos más íntimamente en la compañía de Dios, ayuda y compañero de nuestra vida, ¡cuántas penas nos evitaríamos! ¡cuánto bien haríamos!

No es con el apresuramiento con lo que se hace el bien: *Dios jamás se apresura*, ni viene prontamente en ayuda de los que quieren precipitar su acción.

«Yo creo, dice Donoso Cortés, que los que oran hacen más en favor del mundo que los que combaten, y que si el mundo va de mal en peor es porque hay más batallas que oraciones.» La verdad de esta palabra se ve prácticamente en las familias. «Si pudiésemos pe-

netrar en los secretos de Dios y de la historia, —añade el mismo gran pensador,—estoy seguro de que nos admiraríamos de los prodigiosos efectos de la oración aun en las cosas humanas. Para que una sociedad esté en reposo, es necesario que haya cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la vida activa. Mi convicción en este punto es inquebrantable: creo que si hubiese una sola hora de un solo día en que la tierra no enviase alguna oración al cielo, esta hora sería la última del universo.»

XXXVI

Historias contadas por el viento.

HORAS DE INSOMNIO

¿Habéis escuchado alguna vez al viento, que con su voz estridente, yalúgubre, ya melancólica, se hace oír en vuestra morada durante las frías noches del invierno?

Si esta noche muge más violento y terrible, y os tiene despiertos, no os ocultéis, palideciendo por el terror, en el fondo del lecho que os abriga bajo sus finas envolturas.

El viento de invierno es también mensajero de Dios; y su voz, que algunas veces parece llanto y otras demanda auxilio, tiene la misión, en las horas silenciosas de la noche, de contaros lamentables historias y daros útiles lecciones.

—o—

Oid: es un murmullo prolongado. El viento gime tristemente como un desgraciado que llora y suplica:

«Yo vengo de la bohardilla del pobre; su hogar está sin fuego, resquebrajadas las paredes, tieso por la escarcha el mal jergón en el suelo, y sobre él he visto á un niño casi desnudo, y á una mujer que tiritaba, gimiendo en voz baja, y procuraba calentar á su hijito... Esos son los gemidos que pretendo hacer oír.

»Deja, deja que tu imaginación recorra tu morada, tan recargada de mil y mil futilida-

des, y mira si puedes llevar mañana algún mueble ya usado á una pobre casa y un poco de leña á una chimenea apagada.

»Mira si en tus roperos, donde se amontona tanta ropa, no podrás hallar algún vestido pasado de moda...

«¡Oh, si supieras á cuántos harías felices con lo que te sobra y te es inútil, y aun te estorba!»



No es ya el susurro que entristece; es el sordo mugido, es la voz terrorífica de la tempestad:

«Allá abajo, en medio del Océano, he dejado un navío perdido entre el cielo y el agua: los marineros inquietos, los pasajeros penetrados de temor, y lejos, muy lejos, sobre las playas bretonas, una mujer á quien espantan mis lúgubres silbidos: es la madre del grumete que está sobre el mástil, próximo á romperse; es la madre que llora y reza. ¡Oh, reza con ella! ¡Ellos no tienen más que á Dios!»

»Reza también por esos otros abandonados en el océano que se llama mundo.

»Yo he visto, acurrucado en el rincón más apartado de una calle desierta, á un anciano rechazado de todas partes. ¡Tampoco tiene más que á Dios, como no tenía más que á Dios aquel anciano que en otro tiempo era rechazado desdeñosamente en compañía de su pura esposa por los habitantes de Belén!

¡Implora en su favor, con tu oración, el auxilio de su único recurso, Dios!



Escucha; es un gemido prolongado como un suspiro sin fin:

«Acabo de pasar sobre los sepulcros, y los he visto abandonados; he oído el lamento de los muertos, de tus muertos, que te hago oír. Mira cuán numerosas y tristes son esas sombras que traigo á tu lecho. ¿Las reconoces? *Tu hermano, tu amigo, tu padre, tu madre amada*; ¿no los oyes mezclando sus quejas á las mías y diciéndote: *¡olvidadizo, ingrato!*»

»¡Oh! Ruega, ruega por esos pobres abandonados!»

Ahora la voz del viento se ha hecho terrorífica; estalla como el trueno, es rápida y ardiente como el rayo; es esta vez un rugido, pero un rugido de cólera.

Es la cólera de Dios haciéndose oír, quizá por última vez, en torno de esas moradas donde en espantosa confusión bromean y blasfeman almas y demonios.

¡Oh, ruega; ruega por esas almas que se condenan! ¡Ruega á fin de que el terror las detenga y las vuelva al buen camino! Ruega á fin de que el brazo del Señor no las hiera todavía.

El viento ha enmudecido, y alrededor del lecho, donde el terror os tiene inmóviles, hay absoluta tranquilidad. Entonces, lento y monótono, y medio apagado, se deja oír el sonido de una campana, al que presta el silencio de la noche particular vibración.

El cementerio está desierto; la choza llena de lágrimas; el viajero en peligro; el enfermo con las angustias de la agonía; el culpable en las alegrías del crimen... y entonces se levanta de su grosero lecho *la pobre monja carmelita*, y tiritando de frío se dirige á la capilla, entonando esta oración, *Deus in adjutorium meum intende. ¡Auxilio! Señor, ¡auxilio!*»

¡Auxilio para los que sufren!

¡Auxilio para los que os ofenden!

Y este silencio es la bondad de Dios que pasa, es su justicia un momento suspendida.

¡Ah! Los que no dormís durante las largas horas de la noche, juntad vuestra oración con las oraciones de los santos; clamad, gritad á Dios, gritad á la Santísima Virgen: *¡Auxilio! ¡Auxilio!*

Ahora, dormid en paz cuantos habéis acogido estas enseñanzas en vuestra alma; dormid: vuestro sueño será tranquilo. Velarán cerca de vuestro lecho la caridad para con el

indigente, la oración en favor del desamparado, del viajero en peligro, del agonizante, el recuerdo de vuestros muertos, la unión de vuestros pensamientos con los de las almas santas que sin reserva se han dado á Dios.

XXXVII

El adiós de una madre cristiana.

Es una escena conmovedora en medio de su sencillez.

Bayardo, el caballero sin tacha y sin miedo, va á abandonar á su familia para cumplir con su deber defendiendo á su patria, y se pone respetuosamente de rodillas ante su madre.

—Madre, bendecid á vuestro hijo para que, ausente de vuestro lado, no incurra en falta.

La madre medita un instante, y tomando en sus manos temblorosas las de su hijo, le dice:

—¡Pedro, hijo mío, vas á separarte de mí!

En cuanto una madre puede mandar á su hijo, yo te mando tres cosas:

La primera es que te consagres á servir á Dios sin ofenderle, porque Él es quien te hace vivir y quien te salvará. Sin Él, nada bueno podemos hacer. En la mañana y en la noche encomiéndate á Él, y te ayudará.

La segunda es que seas dulce y cortés con todos tus compañeros de armas. Sin orgullo para con los inferiores á ti, sin resistencia á tus superiores.

La tercera es que de las ventajas que obtengas des parte á los que de ellas carecen. Dar por Dios no empobrece.

El buen caballero, un tanto conmovido, pero con gran firmeza, respondió:

—Señora y madre: os doy con cuanta humildad me es posible las gracias por vuestros consejos. Espero que, gracias á aquel á quien me encomendáis, estaréis siempre contenta de mí.

Y levantándose, la abrazó.

Madres cristianas, vosotras no amáis á vuestros hijos menos de lo que los amaba la madre de Bayardo; ¿pero los amáis tan cristianamente como ella?

No veis, es verdad, á vuestro hijo, que, llegado á la edad adulta, se pone de rodillas ante vosotras á la hora de separarse de vuestro lado para pedir os la bendición; ¿pero de quién es la culpa?

¿Alguna vez os ha ocurrido el pensamiento de que vuestro título de madre os da el derecho de bendecir á vuestro hijo? Al menos una vez, cuando era tierno niño, ¿habéis hecho sobre su frente la señal de la cruz?

Muchas veces les habéis preguntado: *¿quieres mucho á tu madre?* ¿Pero les habéis dicho, al menos una vez: *amas mucho á tu Dios?*

Cuando se han separado para ir al colegio ó para establecerse en el mundo, les habéis dicho: *cuidate mucho; nada de imprudencias con tu salud.* ¿Les habéis dicho alguna vez: *cuidado; no ofendas á Dios?*

Les habéis dado recomendaciones para per-

sonas influyentes y para familias que los protegerían, y les recomendasteis que fueran á verlas á menudo. ¿Les habéis recomendado alguna vez que vayan á ver á Jesucristo en su tabernáculo?

Les habéis preguntado en cada una de vuestras cartas por sus progresos en las ciencias, por el número y la calidad de sus relaciones. ¿Les habéis preguntado alguna vez el número de sus confesiones y comuniones, lo que leen y sus progresos en el amor á la oración?

→

¿Y después os quejaréis de que vuestro hijo no os sabe amar, madre demasiado humana, que no sabéis que no se ama verdaderamente sino cuando se ama con el alma y no con el corazón, y que jamás habéis pensado en educar á esta alma, como si Dios no os la hubiera confiado como os ha confiado su cuerpo?

¿Os quejaréis de que vuestro hijo no respete á vosotras, que por vuestra negligencia ó

cobardía habéis dejado que desaparezca, ó no habéis procurado que nazca en su alma ese sentimiento de respeto hacia Dios, fuente y guardián de todos los otros respetos, y que más de una vez al sacerdote que os pregunta: ¿Reza vuestro hijo?, habéis respondido como una cosa muy natural: Ya no es tan pequeño para que yo le imponga ese deber?



Se suele decir que es necesario rehacer la educación de los hijos; y qué, ¿no será también preciso hacer lo mismo con la de las madres?

No se da lo que no se tiene; y si Dios no está en vosotras, vosotras no dejaréis á Dios como herencia de vuestros hijos.

Y, sin embargo, Dios por herencia; el respeto de Dios, el temor de ofender á Dios, la confianza en Dios, la sumisión á las leyes de Dios; ¡he aquí un bien que no compensarán ni los tesoros, ni los honores, ni la gloria!

¡Oh madres! ¡Guardad á Dios en vosotras, y procurad derramarlo en torno vuestro!

XXXVIII

Grito de un corazón amante.

Brotó un día del corazón ardiente de Santa Teresa, como brota devoradora y luminosa la llama de un horno, este grito que forma una de las más hermosas páginas de la literatura, al decir de un crítico, á quien, sin embargo, faltaba el sentido divino: el escéptico Saint-Beuve.

¡Pobres de nosotros, sobre quienes refleja la luz divina, si esta página no nos conmueve hasta en lo más profundo de nuestro ser, y si no nos arrastra con santo entusiasmo á posar nuestros labios palpitantes en las sagradas llagas de Nuestro Señor Jesucristo:



«¿Acaso crees tú, que eternamente vives, que yo te amo á causa de las recompensas futuras prometidas en tu reino, á causa de las palmas, de los cantares, de las maravillas, de las delicias de tu cielo? ¡Oh, no! Yo

te amo porque has sido desgraciado, porque has pasado por todos los dolores, soportado todas las humillaciones! ¡Tú, un Dios cargado de cadenas; Tú, un Dios conducido al suplicio por los verdugos! Yo te amo porque te has visto obligado á exclamar al Padre, diciendo: *¿Por qué me has abandonado?* ¡Yo te amo más á causa de tu agonía y de tu muerte, que á causa de tu resurrección; porque me imagino que Tú, resucitado, subiendo á los espacios azules, teniendo el universo á tus órdenes, tienes menos necesidad de tu esclava! ¡Pero cuando yo asisto á tu agonía pareceme que vuelvo á lugares que me son muy conocidos, que muchas veces he contemplado esa colina y esa cruz teñida con la púrpura de tu sangre! ¡Quisiera ser yo esa Magdalena, tu santa, tu muy amada, que gime al pie de la cruz! ¡Porque en mi corazón hacen eco sus lamentos, y las lágrimas que salen de sus ojos mojan también los míos, y mi dolor es tan profundo que no puede haber otro igual! ¡No, ella no te amaba más que yo! Yo sé que

ella es una gran santa, y yo una pobre criatura, cuyas acciones son menos meritorias ante Ti; pero ¡ella no te amaba más!»



¡Oh, Santa Teresa! ¡Conque así amabas á Jesucristo!

¡Qué hermosa alma la tuya, y qué feliz debes ser en el Paraíso!

XXXIX

¿Qué es lo que Dios quiere hoy hacer de mí?

Dios quiere, ciertamente, hacer de mí hoy algo bueno.

Dios no me ha creado para dejarme vegetar inútilmente.

Dios no me da este día para que lo pase indiferente y ocioso.

Dios no va á ponerme en relación con seres como yo, seres amados de Él, seres que me aman, sin obligarme á hacerles un poco de bien, á darles al menos un poco de alegría, á menos que quisieseis castigarme, ¡oh

Dios mío!, ó, lo que es peor aún, que me despreciaseis.

—e—

Siendo esto así, ¡oh Dios mío!, ¿qué queréis de mí en el día de hoy?

— « Que me reemplaces para con todos aquellos que hoy pondré en contacto contigo, según tus recursos, tu posición y tu carácter.

» Quienquiera que seas, hijo, padre, sirviente, cuida mucho de no dejar que expire la sonrisa tranquila, dulce, atractiva que yo pongo en tus labios, señal ordinaria de un alma que me pertenece. La librea de Dios es la paz y la sonrisa.

» Evita con grande empeño el abandonarte á la impetuosidad de un carácter que habla con brusquedad, que acoge con mal humor, que pasa cerca de los demás con indiferencia afectada, que reprende con acritud, que soporta con fastidio una contrariedad ó á un compañero de trabajo, que despacha sin es-

peranza, que recibe manifestando que se le molesta.»

—e—

« Quiero por medio de ti penetrar en las almas, hacerme conocer y hacerme amar.

» Quiero que en las relaciones que los demás tengan contigo se diga lo que de uno de mis servidores se decía: « ¡ Dios mío, es necesario que Vos seáis muy bueno puesto que Vicente es tan bueno !

» Quiero que viéndote tranquilo, sumiso, risueño, aunque una dura prueba pese sobre ti, se pueda decir: ¡ Oh, siempre es feliz el que sirve á Dios !

» Quiero que hagas sentir y que comuniqués á todos, y principalmente á todos los tuyos, mi misericordia, mi bondad, mi santidad, mi paz, mi alegría; quiero que tu Angel de la Guarda diga á sus hermanos del Cielo lo que se decía de mí en la tierra: « Es bueno, hace el bien. »

» Y todo esto con dulzura, con actividad, sin brillo, sin afectación... El rayo del sol pene-